EDUARDO LÓPEZ BAGO

EFECTO DE NIEVE Y TRES CUENTOS

Efecto de nieve y tres cuentos

Eduardo López Bago



Eduardo López Bago

Efecto de nieve y tres cuentos



Eduardo López Bago

Nació en 1855 en Aranjuez, España. Es considerado padre del naturalismo radical.

Estudió Medicina, Filosofía y Letras. Colaboró en las revistas literarias *La ilustración española y americana* y *La familia*. Destacó en la literatura por la publicación de sus novelas de carácter crítico social y por la popularidad entre las clases medias y bajas de la sociedad española. Sus novelas han sido catalogadas por el propio autor como «estudios médico-sociales». Asimismo, su narrativa tuvo gran influencia sobre algunos escritores españoles que formaban el grupo «Gente nueva». Tras la publicación de diversas obras emigra a América y recorre distintos países de Latinoamérica. De su estadía en Argentina pública su novela *Carne importada* (1891), una crítica al gobierno de Julio Argentino Roca. Entre sus novelas y relatos destacan *Los amores* (1876), *El periodista* (1884), *El cura* (1885) y *El separatista* (1895).

Falleció el 30 de octubre de 1931 en Alicante, España.

Efecto de nieve y tres cuentos
Eduardo López Bago

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: María Inés Gómez Ramos
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

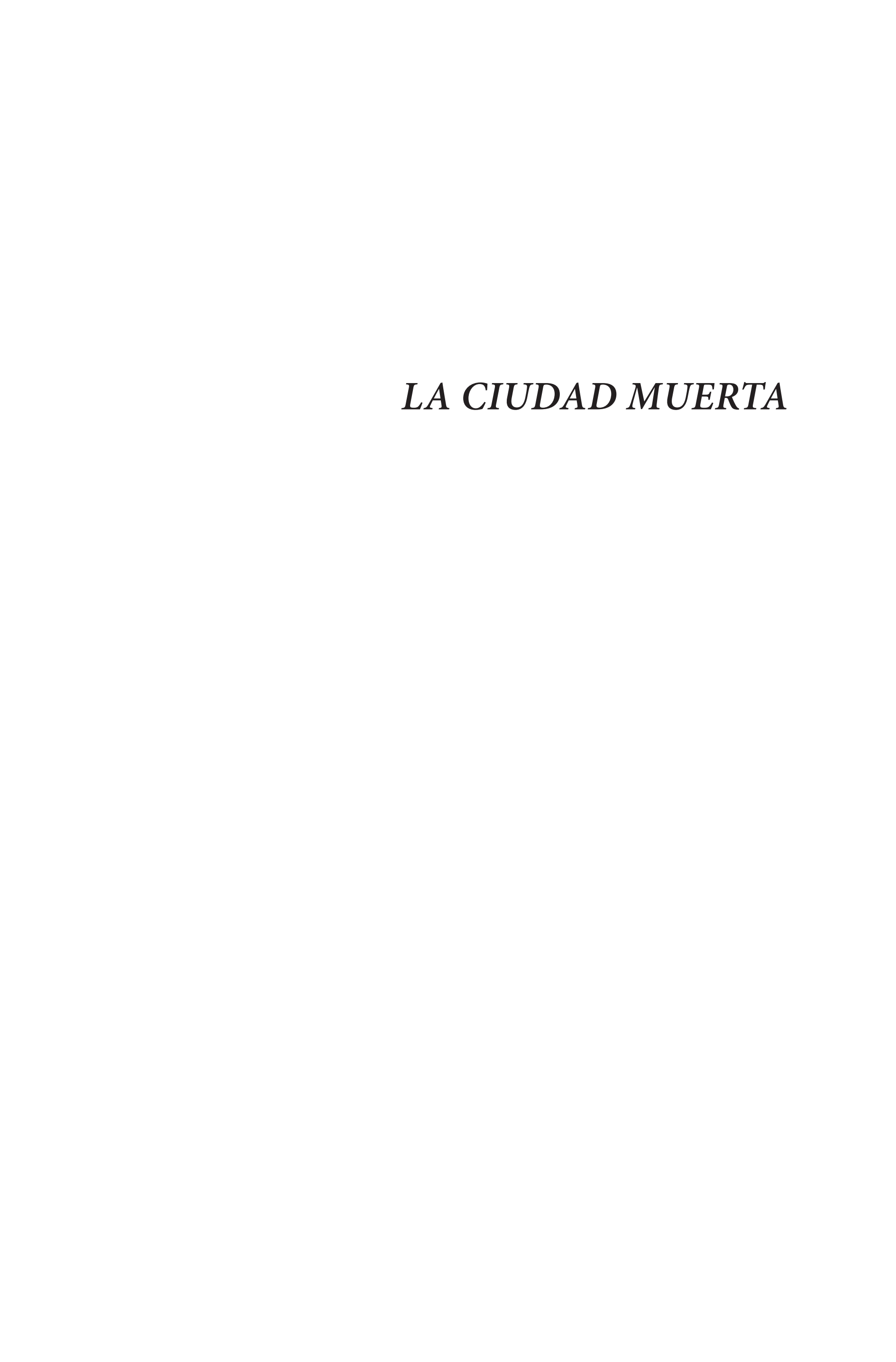
La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



LA CIUDAD MUERTA

I

Entré en la librería de Bailly-Baillière, compré el libro y regresé a mi cuarto de la fonda. Constaba la obra de tres tomos, y era su título *Diccionario de los turistas*.

No sé cómo sentí de repente aquella pasión por los viajes, pero mi deseo iba acompañado de tantas condicionales, que no podía satisfacerlo. Era joven, gozaba de una salud robusta, que me permitía no temer los rigores de ningún clima; estaba soltero, libre como el aire, y odiaba a los seres que esperan la muerte en el mismo sitio donde nacen.

Pero a mí no me inspiraba curiosidad ninguno de los países por donde generalmente se viaja. ¡Francia! Francia está a la puerta de casa; Francia es tan conocida, prodigan tanto en sus libros los escritores franceses las descripciones detalladas de su patria; sus novelistas estudian tan minuciosamente la sociedad en que viven, que no es necesario molestarse para recorrer en ferrocarril sitios donde ha estado nuestra imaginación infinidad de veces. ¡Inglaterra! Está un poco más lejos, pero no es

mucho. En cuanto a los alicientes de este viaje, son nulos. Yo me figuro a Inglaterra como una gran fábrica llena de obreros miserables, mientras los accionistas de la empresa circulan entre ellos irreprochablemente vestidos de etiqueta, y por encima de esto, mucho humo de carbón de piedra, altos hornos, ruido de máquinas de vapor, una tierra oscura, negra, la tierra de las minas, nieblas a todas horas y ninguna flor en los cabellos de aquellas mujeres, rubias como el oro y blancas como el mármol. ¡Italia! ¡Ah!, sí. ¡Italia! La patria de las Bellas Artes; pero también de las bellas mentiras. Un Papa declarando que está preso y que es pobre, y vive en un palacio tan grande como una ciudad, y cobra como limosna todos los días la fortuna de Monte Cristo. Mujeres que cantan como los pájaros, rezan como las vírgenes y aman como las bacantes; hombres que pintan, esculpen, versifican, y, en una palabra, un pueblo entero lleno de cuadros, estatuas, partituras y poemas; un museo grandioso donde el que no es expositor es *cicerone*, y el extranjero pasa por ignorante y tiene que admitir la tutela de todos.

Pero, ¡qué más! Europa entera no merecía la pena de que yo viajara. ¿Cómo? ¡Estudiar la civilización europea! ¡Qué necio estudio! ¡Europa! Un continente

que tiene el Mediterráneo y sol abajo, progreso y cultura en el centro, y arriba nieves perpetuas, zares eternos, déspotas y siervos, y por todas partes fronteras que ya no separan nada, soberanos que visitan a los presidentes de las repúblicas, el miedo internacional colocando ante las bocas de los cañones esa muralla de papel escrito que resiste a las balas del mayor calibre, que extingue el odio de raza, porque lo somete a discusión, la diplomacia, en fin, sirviendo de padrino en todos los lances, prometiendo la lucha, cuando es tan reciente el rencor como el insulto, y dejando pasar días para que todo termine en explicaciones mutuas. ¿Qué podía yo aprender en un viaje por Europa?

En esta disposición de ánimo, empecé a hojear el *Diccionario de los turistas*. Difícil me hubiera sido decir lo que yo buscaba. Algo raro, un país extraordinario; nuevo Gulliver, hubiese deseado ver confirmada la existencia de la isla de los enanos o la de los gigantes.

De pronto, me detuve en la lectura de una página. Decía lo siguiente:

«Philosophicaltown.— Ciudad: 4 000 000 de habitantes. Se encuentra situada en el Cabo de Buena Esperanza, en los

límites de las posesiones inglesas. Notable y curiosa para el turista por más de un concepto, pues llama la atención el grado de cultura a que han llegado aquellos colonos, superior al de las capitales más civilizadas de Europa. Es una ciudad tan original en todo, que a pesar de poseer notabilísimos monumentos y edificios de gran mérito, sus moradores cifran su orgullo en el cementerio, el cual, según relatos de personas que lo han visitado, es, en efecto, una verdadera maravilla, justificando plenamente, no solo estos elogios, sino también la razón que asiste a la Metrópoli en haber denominado con tan extraño nombre a esta población de sus colonias. Philosophicaltown, es decir, *ciudad filosófica*».

No quise continuar leyendo. Mi decisión se formó al mismo tiempo que se despertaba mi curiosidad. Me dedique con febril impaciencia a los preparativos de mi partida, y el día 4 de mayo de 188…, es decir, al mes de estos sucesos, me embarcaba en Cádiz en un magnífico vapor de la Great Atlantic Company con rumbo a la colonia del Cabo.

II

No hablaré de los incidentes ocurridos durante la travesía, ni de mi desembarco en aquel extremo del continente africano, si no es para decir que conseguí de algunos personajes ingleses, con quienes procuré trabar amistosas relaciones, cartas de recomendación para tres personajes de Philosophicaltown, y provisto de este necesario talismán continué mi empresa llegando en breve a la ciudad, cuyo solo nombre había tenido bastante fuerza para alejarme de mi patria.

Philosophicaltown no defraudó las esperanzas que me hizo concebir. Era una capital sorprendente, maravillosa. Sus calles anchas, rectas, regulares; sus edificios de reciente construcción, en la que solo entraba como material el hierro y el ladrillo; sus plazas convertidas en preciosos jardines; sus mercados limpios, en que los puestos de vendedores podían pasar por artísticas instalaciones de una exposición general de productos; sus lujosísimas tiendas y suntuosos bazares, todo sorprendía agradablemente, encontrado allí, en aquel extremo de África, a corto trecho de países completamente salvajes,

de territorios inhabitados, pudiéndose decir que desde las torres de la ciudad estaba al alcance de las miradas el desierto, por donde cruzan las caravanas, y al de los oídos el rugido de los leones, el grito de guerra de las tribus y el ensordecedor estruendo con que el *simoun* se enseñorea de aquella virgen naturaleza.

Los tres individuos para quienes estaban escritas las cartas que me recomendaban, merecerían, a disponer yo de mayor espacio y de mejor talento, capítulo aparte, en que se tratara solo de narrar lo que en ellos constituía tipo especial humano, digno de ser estudiado y descrito por la pluma de Dickens, el mejor de los novelistas ingleses.

Figúrense no tres hombres, sino tres experiencias, tres desengaños, tres desenlaces y fines de tres pasiones distintas, viviendo después de muerta, la pasión, complaciéndose en recordarla y burlándose de este recuerdo.

El uno tuvo su anhelo en la fortuna; acumuló riquezas, explotó el negocio, pasó la juventud en lucha titánica con los números, y allí donde el destino le presentaba una operación de resta, oponía él otra de suma, saliendo vencedor siempre de aquella batalla entre los dos ejércitos

del libro de caja, en que reñían con igual denuedo las columnas del *Debe* contra las del *Haber*. Un día, el primero, menos valiente, pero más estratégico, venció al segundo con la fuerza numérica, y el banquero tuvo que declarar su bancarrota.

El otro amó la gloria. Fue periodista, diputado, orador elocuente, jefe de partido, ministro de la corona. Para llegar hasta la altura gastó su patrimonio, su salud, su vida. Para caer bastó la ingratitud de un soberano, la traición de los que él había encumbrado, la calumnia de un libelo, una nube, de la que surgió el rayo, un terremoto que movió la tierra, y el pedestal carbonizado primero, falto de equilibrio después, vino al suelo, y con él la estatua que admiraban las muchedumbres.

El tercero, por fin, cifró su existencia en el amor, y este no me contó su historia, ni encontré persona que de ella estuviera enterada.

La noche misma de mi llegada, mis tres nuevos amigos, que eran amigos entre sí, me presentaron en el casino de Philosophicaltown, donde todos los viernes se daban reuniones a que acudían las principales familias de la ciudad.

Era viernes aquella noche, y se celebraba, por consiguiente, el baile semanal de costumbre.

—¡Ah! —exclamó un socio al vernos entrar—, aquí tenemos el *gabinete negro*. No faltará crónica esta noche.

—¿El gabinete negro? —pregunté con extrañeza.

—El gabinete negro —me contestó el exministro—. No ignora usted que en casi todas las naciones europeas recibe este nombre la oficina central del jefe de policía. Allí se saben desde los secretos de Estado hasta los crímenes más vulgares.

—¿Y ustedes tienen también un gabinete negro? —dije admirado.

—Es este que Ud. ve —explicó enseñándome una habitación en que acabábamos de entrar—, pero no hay que asustarse. Aquí no se tratan asuntos graves, es un gabinete negro solo temible bajo cierto aspecto. Es más bien un observatorio elegido por nosotros, un observatorio social. Cuádrale mejor este nombre. Desde aquí —y al decir esto me hizo mirar hacia los inmediatos salones—, desde aquí vemos todo lo que sucede, llevamos

el alza y baja de la crónica de la villa, y como espectadores del combate, no se nos escapa un solo movimiento, la más rápida mirada ni la más imperceptible sonrisa. Es la única distracción que nos queda. Somos restos de una generación que se fue, y vemos reproducirse nuestros defectos y nuestras bellezas, los mismos vicios y las mismas virtudes en la generación que nos sucede. Es un estudio curioso, amigo mío.

—De manera —dije yo entonces—, de manera que ustedes deben conocer historias muy interesantes.

—Interesantes y extraordinarias. Ejemplo de ello, la de la marquesa de W***.

—¿Puedo saberla? —interrumpí con interés creciente.

—Sí, por cierto, y con su relato distraeremos el tiempo hasta la hora del *buffet*.

Encendimos los cigarros, y el exministro, mirando fijamente la ceniza que se formaba en el suyo, empezó en estos o parecidos términos.

—Inválidos de las pasiones humanas, complácenos, como a los de la guerra, la narración de las batallas

a que asistimos en otro tiempo y el estudio de las que nuevamente se traban, y para las cuales prescinden de nosotros los que nos siguen en el noble ejercicio de las armas.

«Es, pues, el caso, que hace próximamente dos años estábamos en la mayor desesperación los individuos de este *gabinete negro*. Escaseaban las aventuras galantes, el libro de nuestra crónica tenía una página en blanco, y al frente de la página un nombre. El de la marquesa de W***, heroína de este cuento».

—¿Pero es cuento?

—Es sucedido. Escuche Ud. y no me interrumpa.

La marquesa de W*** era una mujer adorablemente hermosa, joven, dotada de gran talento, reina de los salones y perfecta en todos sus gustos, excepto en uno que resultaba para nosotros incomprensible, absurdo. Aquella criatura estaba casada con un hombre de unos cuarenta y cinco años, teniendo ella dieciocho escasamente; y a pesar de la desproporción de edades, a pesar de verse objeto de constante asedio por parte

de los infinitos adoradores esclavos de su hermosura, todos ellos jóvenes discretos, elegantes, distinguidos, acostumbrados a vencer, provistos de las armas más eficaces para la seducción; a pesar de esto, y tal vez por esto mismo, la marquesa de W*** mostraba ser una virtud, una verdadera fortaleza inexpugnable. Indiferente a las lisonjas, fría ante los ruegos, desdeñosa siempre, cobró fama su fidelidad conyugal.

Gustaba del baile por el baile mismo, no llevándola ningún otro objeto a las reuniones del casino. Era la primera en llegar y también la primera en retirarse.

Se presentaba del brazo de su marido tranquila y risueña, satisfecha, al parecer, con el amor que este le demostraba, y que por cierto no era extremado. El marqués de W***, antiguo diplomático, retirado de las cancillerías y de las cortes por voluntad propia, al casarse con Emma, era un hombre reservado y serio como pocos. Nadie ocultaba mejor sus impresiones. La máscara diplomática que llevó tanto tiempo llegó a sustituir de tal modo su fisonomía, que al devolver sus credenciales olvidó, sin duda, quitársela del rostro, y continuó con ella puesta toda la vida. No le incomodaba, no la sentía siquiera.

El marqués de W*** acompañaba a su mujer hasta el sitio del salón que esta elegía para sentarse, hecho lo cual se encaminaba a las habitaciones de juego, de las que no salía hasta las doce en punto de la noche, hora en que daba el brazo a Emma y ambos se retiraban.

La pasión del marqués de W***, si es que alguna tuvo, era el tresillo; pero perdiera o ganara, su rostro impasible no reflejaba emoción de ningún género.

He dicho ya que en nuestra crónica estaba en blanco la página destinada a escribir alguna peripecia, aventura, o lo que fuese, relativa a este matrimonio. Desesperábamos de conseguir nuestro objeto, y no debo ocultar que jamás sentimos mayor ira ni tampoco mayor vergüenza. Emma destruía con el ejemplo todas nuestras convicciones, todas nuestras máximas, reunidas en esta, que el pesimismo lega a la experiencia: «No hay hombre honrado ni mujer virtuosa».

Cuando nos disponíamos a declarar disuelta la asociación, a suprimir el *gabinete negro*, a confesar en público el error de la doctrina que profesábamos, un suceso inesperado nos hizo redoblar la vigilancia, volver a nuestras antiguas sospechas y malicias, y confiar en el triunfo.

Acababa de llegar a Philosophicaltown un capitán de húsares, sir David Dick, que venía de Londres precedido de una reputación equivalente a la que en España, su país de Ud., gozaba el famosísimo D. Juan Tenorio. Dick se batía como un maestro de armas, enamoraba como Byron, gastaba una fortuna en una noche de orgía, era hermoso como Luzbel, y despreciaba por igual el oro, las mujeres y el peligro. Se contaban sus aventuras como se cuentan las leyendas. Había en él una atmósfera extraordinaria, excepcional, que le rodeaba, y nadie al verle ponía en duda lo que sus comentadores iban refiriendo.

Se presentaba ante las mujeres como se presenta un rey ante sus súbditos, y así penetró por esas puertas en la memorable noche en que, al verle, vimos nosotros renacer nuestras esperanzas.

Pero entre las frentes que se inclinaban sumisas, como se inclina la de la esclava en presencia de su señor; entre los corazones que sentían al mismo tiempo el mismo latido, entre las mejillas que se ruborizaron, entre aquel general homenaje femenino, hubo una mujer que permaneció impasible, tranquila, serena, mirándole como la fiera que desafía al domador.

Pero el domador lo era de raza, y a su encuentro se dirigió resueltamente. La rebelde era la marquesa de W***.

El *gabinete negro*, como Ud. supondrá, se preparó a tomar notas de lo que sucediera. Dick invitó a Emma para el rigodón que empezaba a preludiar la orquesta. Emma no podía rehusar aquella invitación sin incurrir en una falta a todas las conveniencias sociales. Aceptó, pero hubo en su aceptación tanta frialdad, que el *gabinete negro* siguió con el lápiz levantado sobre la página sin manchar su blancura.

Mientras duró el baile, Dick no consiguió ninguna ventaja. A sus miradas se bajaban aquellos hermosísimos ojos, a sus palabras le contestaba con monosílabos los frescos labios, y, por último, en aquella noche nuestro Tenorio fue derrotado, aunque sí logró conquistar la amistad del marido, con lo que vino a demostrarnos que la derrota, lejos de desanimarle, empeñaba más su amor propio.

El *gabinete negro* supo que al siguiente día Dick visitaba a los Marqueses de W*** y que el marqués le

trataba con tanta deferencia como desdén era el que mostraba la esposa hacia su nuevo adorador.

No quiero cansar inútilmente tu atención. El capitán de húsares comprendió que la plaza no se rendiría sino después de un largo asedio, y fue constante. No le desesperaba acudir todos los viernes al casino y ver acogidos siempre con idéntica frialdad sus galanteos.

Por último, triunfaron nuestras presunciones, y Dick vio premiada su constancia. Pero fue tan pequeño el triunfo y tan corto el premio, que a tratarse de otra mujer menos insensible que la marquesa, no hubiera merecido consignarse.

Era el 11 de diciembre de 188… Emma llegó al baile más temprano que de costumbre. Sus miradas tenían aquella noche un brillo insólito, su rostro se coloreaba como si estuviera dominada por una impresión nueva, y su respiración era la de la fiebre agitando el seno aprisionado en el raso del traje de baile.

Fuera por causas fisiológicas o por otra razón cualquiera, se reflejaba en toda su persona la luz radiante que despierta a la mujer de improviso del sueño de la indiferencia al penetrar en su alma el día del amor.

El capitán quedó, como nosotros, maravillado de aquella trasformación, que le sorprendía agradablemente. La marquesa bailó, no ya un rigodón, sino todos los que Dick solicitó siempre con éxito. Nuestro donjuán no estuvo nunca más seductor, más terriblemente hermoso. Y por fin, allá, a las once de la noche, anotaba el *gabinete negro* en la famosa página lo siguiente:

«David Dick, capitán de húsares, consigue en este momento que la marquesa de W***, después de bailar con él un rigodón, en que esta pareja ha llamado la atención por sus frecuentes distracciones, le conceda el favor de dejar caer su abanico. David Dick se apresura a devolvérselo, cuidando mucho de estrechar su mano. La marquesa, lejos de incomodarse, le mira de un modo enloquecedor y deja aparecer en sus labios una sonrisa».

En aquel mismo instante se presentó a la entrada del salón el marido de Emma. Era la primera vez que terminaba tan pronto su partida de tresillo. El marido, con su impasibilidad de siempre, se acercó al sitio donde estaban Dick y su mujer, y dando el brazo, no a esta, sino al capitán, le dijo con tono afable:

—Me canso de jugar. Esta noche me duele la cabeza. ¿Quiere Ud. acompañarme a dar un paseo?

El capitán se prestó a ello, bien a pesar suyo.

—Volveré por ti a las doce, lo mismo que siempre —dijo el marqués de W*** a su consorte, y los dos amigos salieron del baile.

En efecto, a las doce en punto, el diplomático entraba de nuevo en el casino para recoger a Emma, regresando el matrimonio a su casa.

—Si ese maldito tresillo continúa hasta la hora de siempre, tengo el presentimiento de que esta misma noche llenábamos la página empezada —dije yo a estos señores.

—¡Oh! No hay que desesperar —me contestó el exbanquero—. Partida aplazada hasta el próximo viernes.

III

—Los acontecimientos que siguen —continuó el exministro— no los relato como testigo presencial, pero son tales como han llegado a nuestra noticia por conducto fidedigno.

En la mañana del sábado, la hermosísima marquesa de W*** acababa de despertarse, cuando entró su doncella con una carta.

—Para la señora —dijo.

Emma rompió el sobre. Leyó primero y se indignó después. La carta no contenía más que lo siguiente:

El capitán de húsares DAVID DICK

11 de diciembre de 188…

San Bernardo, 3, tercero.

¿Cómo? Un insignificante favor bastaba para que semejante fatuo la creyese tan abyecta, que sin más miramientos procediera de este modo.

Porque no cabía duda. El nombre del capitán y las señas de su casa enviados así, eran una cita. ¡Citarla! ¡Suponer que se rebajaría hasta el punto de acudir a casa de un amante, ella, la marquesa de W***!

A la verdad, Dick estaba loco. Si entonces se hubiera presentado en la casa, Emma, herida en su amor propio, mandaría que lo despidieran sus lacayos.

Pasó el día entregada a un furor, a un deseo de venganza tal, que no puede describirse. Por la noche asistió al teatro. Su único objeto era encontrar al capitán para hacerle públicamente una ofensa igual a la recibida. Pero Dick no se presentó en las butacas. Emma, de regreso en su habitación, se desnudó rompiendo cuanto se oponía en su traje a la nerviosa agitación de los dedos; llamó torpes a todas las doncellas, y no pudo en toda la noche conciliar el sueño.

A la mañana siguiente volvió a recibir la afrentosa misiva.

El capitán de húsares DAVID DICK

11 de diciembre de 188…

San Bernardo, 3, tercero.

La hizo cincuenta pedazos, se vistió apresuradamente, y al poco rato llegó a casa de Carolina. Carolina era su amiga del colegio.

Emma no tenía secretos para ella. Le contó lo que le sucedía, y Carolina escuchó el relato sonriendo.

—No tienes razón para enfurecerte —arguyó—. La conducta de Dick no es muy correcta, ciertamente, pero reflexiona un poco. Dick te ama. Eso todo el mundo lo sabe, excepto tu marido. Ese despecho que sientes, prueba que le amas también.

—¡Yo!, le odio.

—El odio es ya una pasión. Lo que tú odias, no es otra cosa que el proceder empleado contigo por el capitán. Pero debes comprender que, lejos de ser una grosería, es un exceso de delicadeza por parte de Dick.

—¿Cómo?

—Tú eres una mujer casada. Dick no puede escribirte una carta de amor sin comprometerse y comprometerte. Nada se extravía tan pronto como un papel escrito

cuando tenemos interés en que no se pierda. Ahora bien; la carta diaria de Dick no envuelve ningún peligro. Es una tarjeta, pero una tarjeta con la cual quiere que despiertes para que sea su nombre el primero que pronuncies, su letra la primera que leas. ¿Qué se prueba con todo esto? Que el capitán es hombre de ingenio sutil, que es un caballero y que te adora.

Emma quedó pensativa. El razonamiento le pareció claro y que no admitía réplica.

Pasó muchos días variando gradualmente de sentimientos, y en ninguno de ellos dejó de recibir la misteriosa carta.

El capitán de húsares DAVID DICK

11 de diciembre de 188…

San Bernardo, 3, tercero.

Pero ya la recibía con júbilo, la esperaba con impaciencia, leyendo conmovida aquellos renglones trazados por la mano del hermoso y seductor donjuán. Estaba enamorada.

Una tarde sintió tal deseo de ver a Dick, a quien desde la noche del baile del casino no volvió a encontrar en parte alguna, que se propuso acudir a la cita de su invisible amante.

Cuando estaba vestida se presentó en el gabinete el marqués de W***.

—¿Vas a salir?

La marquesa dijo que pensaba hacer algunas compras.

El marido, con exquisita amabilidad, se opuso a que saliera sola.

Este contratiempo sirvió para que Emma se obstinara más en su idea, aplazando el proyecto concebido para la tarde siguiente.

Pero a la tarde siguiente fue víctima de igual fracaso.

—Voy de visitas, y como supongo que te aburrirías en ellas, he pensado cargar yo sola con este enojoso deber.

—Te equivocas, Emma; yo gusto de cumplir todos los deberes sociales; y tanto es así que, ignorando tu

propósito, venía a recordarte que estamos en descubierto con casi todos nuestros amigos. Ya ves que coincidencia.

No hubo remedio. Los marqueses de W*** recorrieron las calles de Philosophicaltown en todas direcciones. El marqués sostuvo con la mayor seriedad esos diálogos interesantes acerca del tiempo, de los teatros, de las noticias que se recibían de Londres, y no se mostró en manera alguna cansado de tal ejercicio. Hablaba con las viejas, de los predicadores; con las jóvenes, de figurines; con los hombres, de política, y con los chiquillos, de juguetes.

Emma regresó desesperada. ¿A dónde iré yo mañana que pueda ir sola? Este era su pensamiento; de repente tuvo una idea luminosa; de seguro que no la acompañaría su marido.

—Mañana —exclamó, dirigiéndose a este— pienso ir a las Cuarenta Horas. ¿Quieres acompañarme? —terminó con una sonrisa triunfante.

—Iré con mucho gusto —contestó el marqués, inclinándose con extremada galantería.

Aquello era ya inconcebible, absurdo. Inmediatamente envió un aviso a Carolina, invitándola a tomar el té con ella. Carolina se presentó, y el marqués de W*** dejó solas en el gabinete a las dos amigas.

—¿Qué me aconsejas? Mi marido, que antes me dejaba en completa libertad, se ha convertido en eterno acompañante mío. Busca, por Dios, un medio para que yo salga sin él. Quiero ver a Dick.

—¿Sigues recibiendo su carta?

—Todos los días.

Carolina reflexionó. El resultado de sus reflexiones fue el siguiente:

—Anúnciale a tu marido, que es viejo, y como todos los viejos debe tener horrible miedo a la muerte, anúnciale una cosa.

—¿Cuál?

—Dile que mañana, en lugar de rezar las Cuarenta Horas en la iglesia, tienes el propósito de ir conmigo a visitar el cementerio. Ya verás cómo no viene hasta allí.

—¿Ir al cementerio?

—Sí; es un buen pretexto. Ya sabes que el cementerio de esta población pasa con justicia por ser una obra de arte. Tú no lo has visto, y quieres verlo. No tiene nada de extraño este deseo.

Convenido así, al otro día, cuando el marido se presentó en el gabinete de su mujer, encontró en él a Carolina.

—¡Ah! —exclamó, saludándola—. ¿Usted viene también a rezar las Cuarenta Horas?

—Hemos cambiado de proyecto —contestó Emma—, no vamos a la iglesia.

—Entonces…

—Vamos a ver el cementerio. Carolina, suponiendo que tú no querrías dar este triste paseo, me dedica la tarde.

—Has hecho mal en molestar a esta señora —replicó el marqués— porque precisamente yo conozco muy bien

el cementerio, y nadie mejor que yo puede servirte de *cicerone*.

Las dos amigas enmudecieron, y disimulando Emma su enojo, siguieron al marqués hasta el estribo del carruaje.

Cuando este se detuvo ante la verja del sagrado recinto, bajaron Emma y Carolina, y el marido tomó la palabra, mientras que ellas aparentaban examinar los nichos y los mausoleos.

—Esta es la necrópolis más grandiosa que se ha construido en los tiempos modernos. No me detendré a detallar las riquezas aquí acumuladas. Hay, como ven Uds., estatuas yacentes, mausoleos en que el bronce y el mármol forman unidos artísticas labores, semejantes a las de la arquitectura árabe. Pero lo principal, lo que con justicia ha conseguido excitar la admiración de propios y extraños, por su originalidad incontestable, es el pensamiento que presidió a su construcción. El arquitecto quiso que, pues esta es la mansión de los muertos, nuestros difuntos tengan aquí una ciudad en un todo idéntica a la ciudad de los vivos. Así, el cementerio está dividido, lo mismo que Philosophicaltown, en

calles y plazas. Y estas calles y plazas llevan los mismos nombres. ¡Ah, querida Emma, tú no sabías esto! Mira, mira, aquí tienes, entre otras, esta calle. Es la calle de San Bernardo.

Emma se estremeció. Su marido, sonriendo siempre, la hizo penetrar en aquella crujía, y continuó diciendo:

—Las calles de esta ciudad muerta tienen también las casas numeradas. Mira, estos nichos tienen el número 1. Y estos que siguen el número 3.

Emma y Carolina levantaron a un tiempo la cabeza. En el tercer nicho, número 3, de aquella fúnebre calle de San Bernardo, leyeron lo siguiente:

AQUÍ YACE DAVID DICK

CAPITÁN, SQUIRE

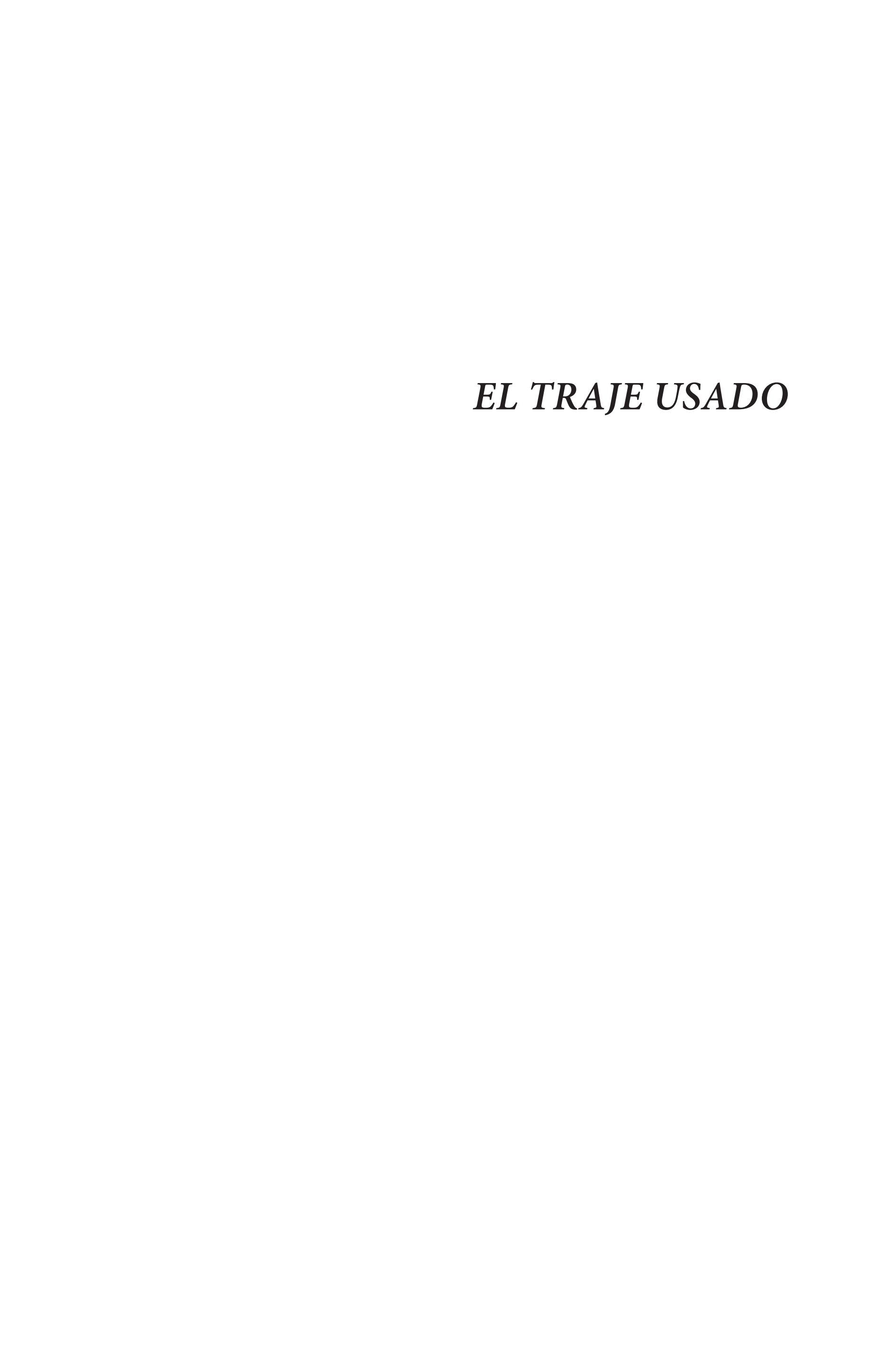
MUERTO DE UNA ESTOCADA

EL VIERNES 11 DE DICIEMBRE DE 188…

COSTEA ESTA LÁPIDA EL MARQUÉS DE W***

………………

Cúmpleme declarar que la idea de este cuento no me pertenece. Hace ya bastantes años que, hojeando con mi malogrado amigo Gustavo A. Bécquer una colección de *lieds* o canciones populares de Alemania, se nos ocurrió escribir en colaboración una novela, basada en el pensamiento de una de dichas canciones. Escribir en tan buena compañía hubiese sido para mí demasiada dicha; pero la muerte arrebató la preciosa existencia de Gustavo, y *La ciudad muerta* quedó únicamente proyectada, por más que conocieran su idea y nuestro propósito varios amigos y compañeros, lo cual ha hecho, sin duda, que en alguna ocasión haya oído casualmente después, el relato más o menos fiel de este cuento, aunque sin que se recuerde con este motivo el nombre de Bécquer y el mío. Hoy, desechando los temores que siempre tuve de no interpretar bien yo solo lo que pensamos él y yo, me he decidido a escribirlo, pidiendo a los lectores perdón por mi osadía, y esperando que en adelante no se ignore su verdadera procedencia.



EL TRAJE USADO

Aquella noche mi resolución estaba tomada. Durante el día me ocurrió una serie de contrariedades, que contribuyeron a acabar con mi paciencia. Por la mañana encontré a un amigo, que improvisó en mi obsequio una miopía para no saludarme.

Entré después en un café, y el mozo me pidió que le pagase los dos reales de consumo por adelantado.

Quise tomar un coche, y el cochero me dijo que buscara otra berlina, porque en la suya estaba prohibida la entrada a los suicidas.

Un cesante, a quien no conozco, me tendió la mano y me dijo: «Adiós, compañero».

Al llegar a la casa de huéspedes, la pupilera me recordó que estábamos a cuatro del mes y que ninguna luna tenía treinta y cuatro cuartos como las pesetas. Encontré sobre la mesa una invitación para acudir a una tertulia de confianza, y tuve que renunciar, porque mi traje no inspiraba confianza a ningún vecino honrado.

—Decididamente —pensé—, esto no puede continuar así. Mañana me compro un traje.

Y me dormí. Mi sueño fue una pesadilla horrible.

La levita, el pantalón y el chaleco que yo había dejado encima de una silla, al lado de la cama, me pareció que se agitaban como si debajo de estas malhadadas prendas se hubiera quedado el gato y pretendiese salir.

Luego, el traje entero se colocó delante de mí, aterrándome aquello, que semejaba un maniquí de sastrería, de esos que no tienen pies ni cabeza.

Se extendió la manga derecha de la levita, y el pantalón dobló la rodillera, quedándose el traje en la actitud del gladiador antiguo.

—Pido la palabra —dijo la levita, sin abandonar su ademán de amenaza.

—La tiene su señoría —respondí yo, más muerto que vivo.

—He pedido la palabra, ingrato mortal, para hablarte en nombre de mis dos compañeros, justamente indignados, como yo lo estoy, por los viles pensamientos que te asedian y que nos ha comunicado en secreto tu

sombrero de copa, nuestro vecino de la buhardilla —y señalaba a la percha donde estaba colgado—. Por él hemos sabido que tienes el propósito de relegarnos al olvido.

—Están muy viejos, y la vejez necesita el descanso —me atreví a objetar con mucho respeto.

Las botas se echaron a reír, cortándome la palabra.

—¡Conque es cierto! —exclamó furiosa mi interlocutora—. ¿Conque has decretado nuestra muerte? ¡Ah, señores! (y en este punto las dos mangas se pusieron en cruz, como si tuvieran dentro los brazos de Castelar), la historia no registra en sus páginas brillantes, espejo fiel de las pasadas edades, ejemplo igual al triste ejemplo que hoy me obliga a levantar mi conturbado acento entre ustedes.

Una vanidad ridícula, un temor al qué dirán indigno de toda naturaleza superior nos sacrifica. Hemos servido a un ente vulgar; hemos gastado nuestra juventud estérilmente. Y tú, hombre inicuo, ¿has olvidado ya la conmovedora cuenta de los servicios prestados por nosotros, los lazos de cariño que ligan para siempre

nuestras vidas? ¿Es posible que el hombre, obra de Dios, sea más imperfecto que yo, obra del sastre? *Remember*…

—No me hables en inglés. El inglés de las levitas me produce intentos de fuga y de descabello.

—Pues bien, acuérdate de lo que nos debes, ya que no te acuerdas de lo que le debes al sastre; acuérdate de que nosotros hemos ido contigo a todas partes y hemos compartido tus alegrías y tristezas. Escucha y tiembla.

Nos estrenaste en domingo, siguiendo tus instintos cursis, y aquel día, ese pantalón, que ahora enmudece, le bastó su presencia acusadora para confundirte, ese pantalón fue el que te sirvió para arrodillarte en el templo durante la misa; con él ibas también cuando te persiguió un ratero, debiendo tu salvación a la agilidad de las piernas; con él penetrabas en casa del editor, aquel que pagaba siempre en cuartos, y en sus bolsillos echabas el peso de tu trabajo retribuido. Esas manchas de café te deben recordar tus diálogos con aquella muchacha, una señorita de Chamberí, muy aficionada al amor y a las tostadas de abajo.

Levanta ahora la vista y mira el chaleco, esa otra víctima de tu ingratitud. En el bolsillo del lado izquierdo llevabas el reloj, que es como si llevaras el tiempo

encadenado a tu albedrío. En el que está encima iban los lentes, ¡oh, miope despreciable!, los lentes, que te permitían distinguir desde lejos la cara de tus acreedores, leer el número de la casa donde vivía tu novia, huir de la madre que te hablaba de matrimonio, y no confundir a ningún crítico con un autor dramático o un novelista.

De propósito he querido hablar en último término de mis méritos y servicios. Yo te he abrigado en invierno. Me debes la vida, tú, que tan propenso eres a la pulmonía. Yo he sentido los latidos de tu corazón, y en mis bolsillos encontrabas siempre el pañuelo para enjugar tus lágrimas; la petaca, que te ofrecía cigarros para acompañar tu soledad o distraer tu fastidio; la caja de fósforos, que ponía la luz y el veneno a servicio de tu voluntad. Yo he guardado billetes perfumados, que besabas una y mil veces; la cartera en que apuntaste las señas de tus amigos y el número del nicho de tu madre. El original de aquella novela que te pagaron tan bien, y los billetes de banco que te dieron en pago. Tu periódico favorito, tus tarjetas, la carta de negocios, el acta de tu desafío, es decir, tu honra, tu fortuna, tus afecciones, el amor, la familia, todo, absolutamente todo, lo confiabas a mi cuidado, lo llevabas sobre tu pecho.

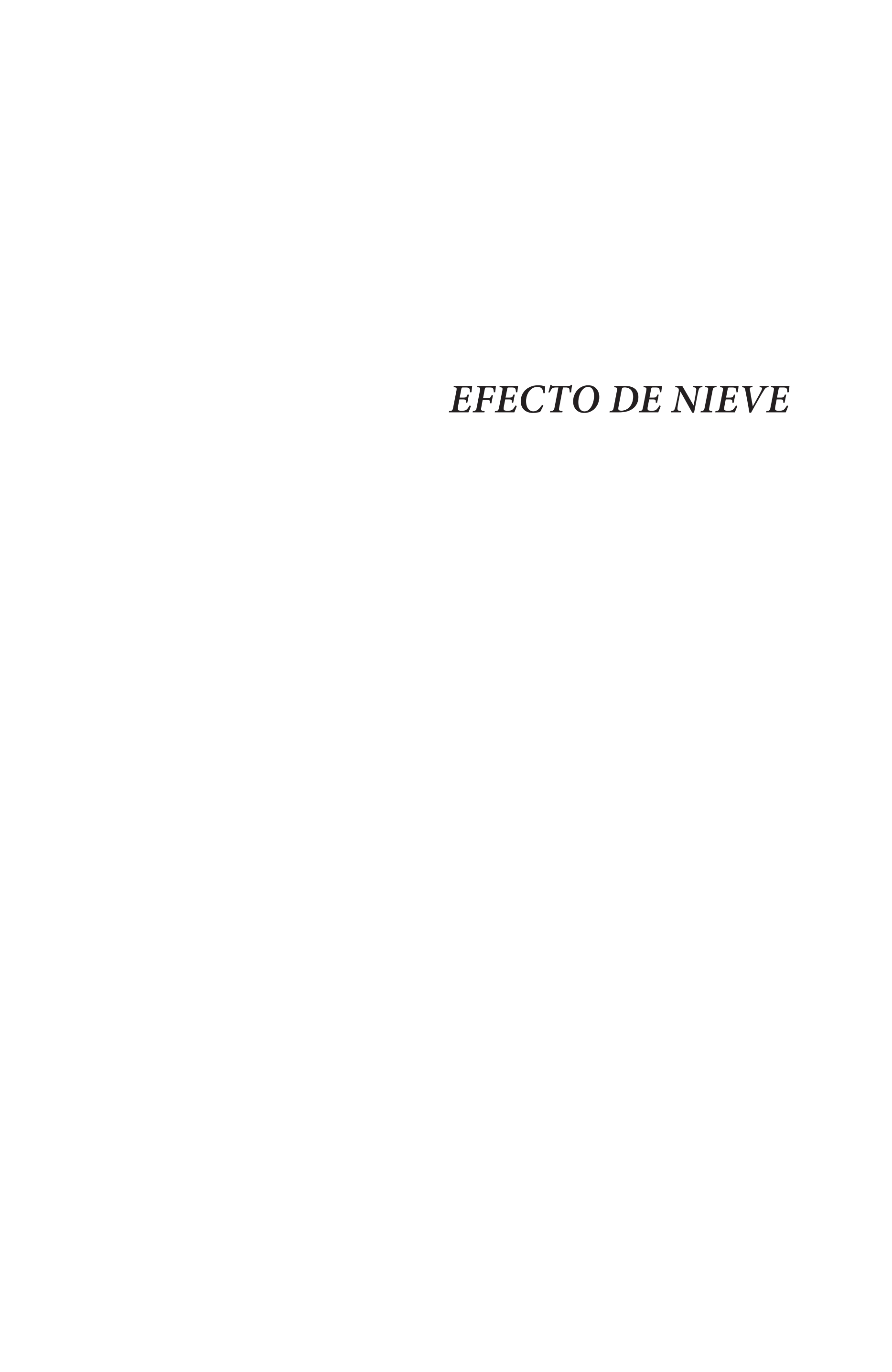
—¡Basta, por Dios, basta! —exclamé conmovido.

—Y todo eso —intentó seguir diciendo la levita.

—He dicho que basta. En vista de las razones expuestas, y de otra poderosísima que me reservo, pueden tranquilizarse. No me compraré traje nuevo.

Y mi sueño, desde entonces, fue tranquilo y apacible.

Dormí con la tranquilidad del justo, y a la mañana siguiente sentí un gran placer en ponerme el traje usado, que se ciñó amorosamente a mi cuerpo.



EFECTO DE NIEVE

Andando van por el valle dos saboyanos hermosos, tristes y ateridos de frío, porque la nieve ha caído en abundancia durante tres días enteros, cubriendo la tierra con su blanca vestidura, adornando las copas de los árboles con una peluca empolvada, convirtiendo los campanarios en tremendos gigantes que llevan puesto un gorro de dormir, bajo el cual se mueven y voltean las campanas, que son las pupilas de sus ojos, de aquellos ojos grandes e inquietos como los que tienen esas figuras que se ven en los relojes suizos de comedor, y desde que salen de la tienda no cesan de mirar a un lado y a otro, como si extrañaran la casa del que los compra.

Andando van los saboyanos camino de todas partes, que es el camino de los pobres, mirando al cielo casi siempre, y sin mirar a los hombres más que para pedir una limosna.

Ella envolvía en un pañuelo viejo su hermosa cabellera rubia para preservarse de la nieve: dijéranse hilos de oro guardados por mano avara en un andrajo. Tenía las manos amoratadas y un violín en ellas, un violín que era toda su alegría, toda su fortuna, un verdadero talismán que heredó de su madre, que tocaba para pedir pan, y

si no comía, jugaba con él a las muñecas, poniendo su delantal sobre las cuerdas, y así mataba el hambre.

El hermano era mayor que ella, y por eso llevaba el arpa, que pesaba mucho, muchísimo, pero que tenía sonidos de cristal. Más de una vez se mojaron las cuerdas con sus lágrimas.

Cuando el violín y el arpa unían sus notas delante de alguna puerta cerrada, ¡hay tantas puertas cerradas en las ciudades del mundo!, las quejas de la niña llevaban la voz cantante y el llanto de su hermano el acompañamiento.

La nieve seguía cayendo, y a fe que si en toda la tierra nevase alguna vez tanto como aquel día, ya tenía el buen Dios el globo de marfil que le falta para jugar en el espacio a carambolas sobre la luna y dando por tabla al sol, que es un mingo de primer orden.

Los saboyanos andaban sin cesar, estaban en el valle desde por la mañana, y parecía, o que sus pasos eran muy cortos, porque dos niños no pueden tener siempre las botas de siete leguas de que Andersen hace referencia, o que no había ya habitantes en aquella región de los Alpes,

en aquel valle formado al pie de dos montañas sentadas una enfrente de otra.

—¿Estás cansada, María? —le preguntó su hermano dando un respingo para que el arpa variase de sitio en la espalda y fuera a pesar en otros músculos.

—Sí —dijo la niña con voz fatigada—, quisiera sentarme.

—¿Y si te hielas? —replicó el saboyanito—. Vamos, ten un poquito de paciencia, que pronto llegaremos.

¿A dónde? Al primer pueblo, a cualquiera, a un pueblo donde hubiese habitantes que les ofrecieran un abrigo y una de esas hermosas tazas de caldo caliente que humean como si fuesen el incensario de la caridad.

Los dos niños pensaban en esto como piensan los otros niños ricos en los palacios de piedras preciosas y los manjares de flores que se relatan en los cuentos de *Las mil y una noches*.

Y, en efecto, a la caída de la tarde vieron, allá lejos, humo sobre la nieve, humo de hogares que

todavía no se descubrían, y oyeron distintamente las campanas que tocaban el ángelus y se arrodillaron un momento y rezaron.

La voz de la religión llegaba hasta ellos antes que la voz de la sociedad, de la familia.

Apresuraron el paso, lo apresuraron todo lo que podían permitir sus extenuadas fuerzas. Pero la nieve también multiplicó sus copos, que caían ya formando una cortina blanca delante de ellos, una cortina a través de la cual pasaban, constantemente rota y sin cesar recompuesta; una serie de velos de encaje que iban recorriendo anhelantes; excitando la piedad de los pájaros que andaban a saltitos por aquel inmenso sudario y se separaban para dejarles pasar.

El arpa pesaba horriblemente, el niño tropezaba a cada momento y caía sobre sus rodillas, y se las hería, y se levantaba riendo para que su hermana no llorase.

Se acordaba mucho de Jesús cuando iba con la cruz a cuestas camino de la muerte. Pero la cruz del saboyano, el arpa, era su sustento, y cuando algún copo de nieve se rompía con fuerza sobre las cuerdas, sonaba una nota

y caía el copo deshecho, como si el arpa llorase sobre la agobiada espalda del niño. Estaba anocheciendo. El frío era cada vez más intenso, pero la aldea estaba menos distante. Vieron brillar una porción de puntos de luz entre la nieve: eran las hogueras y las luces que se encendían en las casas.

De vez en cuando decía la niña:

—Hermano, no puedo más.

—Anda, María, anda —le contestaba su hermano.

Vieron venir hacia ellos un bulto negro como un animal fantástico y tuvieron miedo. Pero el animal se acercó a María y lamió sus manos. Era un perro del pueblo, un perro que también tenía hambre.

—Anda, María, anda —repetía el animoso saboyano.

Y María, sirviéndose del violín como de un bastón, apoyaba la caja en la nieve y procuraba seguirle.

El perro iba delante de ellos, como un mendigo más que se reunía a aquellos dos mendigos artistas. Miraba

a los huérfanos con una mirada inteligente, y parecía proponerles el siguiente trato:

—Ustedes saben tocar esos instrumentos; pero yo sé bailar y hacer centinela: ¿vamos a pedir y a comer juntos?

En este punto, María lanzó un tristísimo suspiro, y cayó desfallecida sobre la nieve al pie de una construcción extraña.

Era uno de esos muñecos gigantescos que hacen con la nieve misma los chiquillos de las aldeas, estatua efímera de algún grande hombre, generalmente de Napoleón I, que dura lo que tarda en herirla con sus rayos la luz del sol.

¡Napoleón I, sí! Era aquella su misma figura, con el sombrero de guardia civil y el gabán de paisano, que es como lo conocemos los españoles, con la mano metida en el pecho, como si estuviera consultando el oráculo en los latidos de su corazón, la cara limpia de barba y unas colosales botas de montar. Hacía el conquistador una figura risible, porque los chiquillos, no contentos con llenar todos los requisitos de su retrato, le clavaron en los labios una retama, y parecía que estaba fumando

tranquilamente en medio de aquella soledad y de aquel silencio.

La niña cayó a los pies de Napoleón, y el perro se echó a los pies de la niña, y el violín se rompió, y el saboyano entonces comprendió que allí estaba la muerte.

Miró al coloso de nieve con esa curiosidad con que todos los niños miran un juguete, aun cuando estén moribundos: descolgó el arpa, y cuando se disponía a echarse al lado de su hermana, a morir helado tan cerca de aquella aldea, cuyas primeras casas se destacaban a pocos pasos, tuvo una inspiración extraña.

Le pareció que Napoleón le miraba sonriendo, y que con aquella boca con que el famoso capitán del siglo sabía entusiasmar a los soldados y besar a los niños, le decía:

—Hazme el favor de tocar un poquito el arpa, porque estoy muy aburrido.

—¿Me pagarás? —le preguntó.

—Te pagaré, hombre; no tengas cuidado.

Y el saboyano tocó lo que tocaba siempre, lo que hemos oído muchas veces en el Prado los madrileños a sus compatriotas que recorren la Europa con esa pieza de música por todo repertorio. Tocó el *Himno de Garibaldi*, hiriendo las cuerdas de una manera automática.

Napoleón fue compasivo a pesar de que era de nieve, y apenas sonó la última nota cayeron a los pies del músico cuatro o cinco monedas de cobre.

Soltar el arpa, cogerlas y echar a correr hasta que llegó al pueblo fue cosa de un momento, y al poco rato volvía acompañado de varios vecinos que pusieron en unas angarillas el cuerpo de su hermana y la hicieron volver en sí.

No había pasado una hora sin que los dos niños, bien abrigados, estuviesen tomando aquella taza de caldo con que soñaron en el valle.

—Ya tengo para pagar —exclamó el arpista sacando sus monedas.

—¿Y quién te ha dado ese dinero? —le preguntaron.

—Napoleón, el que está a la entrada del pueblo —dijo muy formalmente el saboyano—. Se conoce que le gusta mucho el *Himno de Garibaldi*.

Todos se echaron a reír, pero nadie pudo convencer al saboyano de que el muñeco lo habían hecho los chiquillos, y a estos sin duda se les habían caído aquellos cuartos que, amasados entre la nieve, de la nieve cayeron con tanta oportunidad para el músico ambulante.

FOTOGRAFÍAS INSTANTÁNEAS

Aquella tarde, en la calle de Floridablanca, era tal la aglomeración de carruajes que la vía pública quedó obstruida. En la acera del Congreso, a derecha e izquierda de la puerta, a semejanza de lo que acontece a la entrada de los palacios cuando en ellos se da un gran baile, un grupo de curiosos, recibiendo en pleno rostro las gotas de una menuda lluvia de invierno, contentaba y entretenía su vagancia viendo bajar el estribo y abrir la portezuela a los lacayos, después de lo cual saltaba con presteza bajo el guardapolvo de cristales un gran orador, un ministro, un diputado influyente, algún personaje político más o menos conocido de la muchedumbre, y sin mirar a nadie, con aire preocupado, atravesaba el umbral y desaparecía al otro lado de la mampara roja, que abría respetuosamente uno de los ujieres.

Detrás del edificio, pegando los hombros a la verja, formando así otra barandilla de seres humanos, estaba la cola del Congreso, que llegando hasta la escalera que da acceso a la tribuna tenía por cabeza un agente de orden público y por remate un alcalde de pueblo, que había venido a Madrid con el objeto de ver a su diputado.

Formaban los anillos de esta especie de serpiente, anillos que se movían de vez en cuando, cesantes, hombres del pueblo, dos o tres soldados y un sacerdote.

Todavía no estaba izada la bandera, pero en el salón de conferencias era tal el número de diputados, senadores, periodistas y gente política de todas clases, que costaba trabajo recorrerlo de un extremo a otro. En las cuatro chimeneas ardía con grandes llamas la leña, crujiendo y chisporroteando sobre los morillos; se respiraba con trabajo en aquella atmósfera viciada, y el humo del tabaco daba a la luz que caía de la techumbre un color gris claro, en que todos los rostros resultaban con una palidez enfermiza y llenos de sombras, que se recortaban bruscamente en las facciones. Las palabras formaban, mezclándose y confundiéndose, un ruido como el del mar, pero más continuado y más constante que el del oleaje, como sería el producido por los zánganos de muchos enjambres reunidos en una sola colmena. Las pocas mesas del restaurant puestas en reducidísimo espacio, eran asaltadas, y los diputados que tenían la suerte de ocupar una de ellas pedían fiambres, pastas, una copa de jerez y un sorbo de café, que bebían abrasándose, porque ya la campanilla ensordecía a los que andaban por los pasillos y anunciaba el comienzo de la sesión.

El presidente de la Cámara ocupaba su sitial rodeado de los vicepresidentes y secretarios, teniendo detrás a

los maceros, colocados a uno y otro lado bajo el dosel, casi inmóviles, con su histórico traje, más teatral que parlamentario, que los asemejaba a esas figuras de bronce pintarrajeado en Francia, tan en boga hoy para adornar con ellas los salientes de chimeneas, mesas y veladores.

El gobierno estaba en su sitio, sentado en el banco azul, atrayendo las miradas de las tribunas, mientras que los diputados, sombrero en mano, atravesaban el hemiciclo, subiendo la gradería de los escaños, para ir a ocupar sus puestos. Algunos se acercaban al pupitre de los ministros, y allí, de pie, un instante, hablaban con uno de ellos, separándose después de un apretón de manos que recibían y daban con visible contento.

Las tribunas estaban llenas de gente. En la pública, los curiosos, amontonados, formaban una masa oscura casi compacta, en que destacaban con enérgicos tonos las cabezas alineadas, en cuyas facciones era uniforme la expresión de la curiosidad y de la impaciencia, pero en cada una tenía distinta mueca. Estaba allí la cara del paleto malicioso, que, pasándose de listo, miraba a cada diputado como se mira a un tunante, y junto a él, hablando bajo, encogido por el respeto que le infundían

las molduras, los escudos de armas, el terciopelo de los escaños, todo aquel aparato, se veía al provinciano, que preguntaba cuál de los dos maceros era el ministro de la Gobernación. Salía de aquel foco una emanación acre y un sordo rumor de voces, que, cuando crecía, acallaba con un siseo el ujier colocado de pie junto a la puerta de entrada, en lo alto de la tribuna.

En la de periodistas era difícil ver, imposible oír; pero muy fácil y posible reír, charlar, sentarse, levantarse, bromear de todo y con todo lo que se decía, mientras los diputados se sentaban en los escaños, y los redactores afilaban sus lápices, y preparaban y numeraban cuartillas los taquígrafos.

El color rojo corría a lo largo del respaldo de los asientos a manera de una ensangrentada cinta, a que parecían atados codo con codo los representantes del país. Herida por la luz de la montera de cristales, relucía la calva de un gran orador de fama universal, a quien todos miraban; lanzaban destellos los lentes de otro, y despedían luces verdes y azules en la pechera de una deslumbradora camisa blanca los botones de oro y brillantes de un señor obeso, cuyo rostro expresaba una gran satisfacción y

contento de sí mismo y de su posición parlamentaria, mirando con aire de complaciente protección al ministro de Hacienda. Era un banquero. Los diputados jóvenes, elegantemente vestidos, se sentaban en el salón como en la butaca de un teatro.

Enviaban saludos, caramelos y dulces a las señoras, que les sonreían desde las tribunas, en cuya sombra discreta, el vivo color de una pluma de sombrero, de una cinta de raso, de un guante o de una flor, unido a los aleteos del abanico, era una nota alegre que distraía mucho la seriedad de las tareas parlamentarias. Dos hermosísimos brazos desnudos, que se apoyaban en la baranda, formaban aquella tarde el objeto de todas las conversaciones, mientras que el orador de los lentes no cesaba de mirarlos, y detrás de las varillas de marfil y nácar había sonrisas maliciosas y ojos brillantes de mujer que descubre una aventura escandalosa, una de esas buenas historias que se cuentan a escondidas del padre o del marido, como se lee el *Decamerón* de Boccaccio.

Entre tanto, un señor vestido de negro, de rostro pálido, alto y delgado, leía bajo la mesa presidencial, con voz atiplada, y sin entonación alguna, como

chiquillo que recita una fábula aprendida de memoria. Nadie le escuchaba; los diputados hablaban unos con otros, o escribían cartas en aquel papel, cuyo membrete, CONGRESO DE LOS DIPUTADOS, forma la vanagloria de los electores, cuando lo reciben en el pueblo, y van enseñando la carta a sus amigos, diciendo:

—Vea V.; me ha escrito en el mismo Congreso, durante la sesión. ¡Qué hombre! ¡Qué grande hombre!

Y la voz del secretario seguía sonando con un martilleo adormecedor.

—¿Qué hacen ahora? —preguntaba en la tribuna pública el provinciano.

—Están dando cuenta del despacho ordinario —le contestó un madrileño que se hizo amigo suyo aquella tarde.

Los ujieres iban y venían por los escaños, entregando cartas, recibiéndolas, llevando vasos de agua y paquetes de caramelos, que regalaba el presidente de la Cámara.

El del Consejo se entretenía en pegarse golpecitos en los muslos con el bastón; el ministro de Estado se atusaba las patillas; el de Gobernación hablaba de algo muy divertido, a juzgar por sus sonrisas con el de Hacienda, y el ministro de Marina estaba cruzado de brazos. Todo hacía creer que se dormiría, caso en que paraba su actitud todas las tardes.

Por fin terminó la lectura. Se oyó una voz nueva, y hubo un gran movimiento.

—Pido la palabra.

Las miradas se dirigieron al sitio de donde habían salido aquellas frases. Un hombrecillo de fisonomía vulgar estaba, más que de pie, de puntillas entre los escaños.

—¿Para qué? —le preguntó el presidente, provocando con esta pregunta las risas de la Cámara.

—Para rogar a la mesa que conste mi voto con el de la mayoría en la votación de ayer.

Este era el único discurso que se permitía hacer aquel orador en todas las legislaturas. En aquella ya llevaba pronunciados veintitrés.

Pidió después la palabra un diputado militar, para rogar al ministro de la Guerra que se abonaran los alcances a los soldados cumplidos de una reserva.

El ministro de la Guerra, que estaba mordiendo el puño de su bastón, dejó su tarea, y contestó prometiendo ocuparse de este asunto.

Luego siguieron hablando, uno tras otro, hasta cinco o seis individuos más, quién para pedir que se remitiera a la Cámara tal o cual expediente, quién para preguntar acerca de otros, muchos presentando exposiciones… El público se impacientaba.

Por último, se oyeron estas palabras, que tenían magia suficiente para despertar a los que dormitaban y hacer que se agitara todo el mundo en los asientos.

—Orden del día. Continúa el debate pendiente sobre el dictamen relativo al proyecto de Constitución. Tiene la palabra el Sr. duque de Benimar.

Todo esto había dicho el presidente, y nunca se produjo mayor emoción que la que revelaron todos los semblantes al volverse hacia el sitio en que estaba ya

de pie un caballero alto, delgado, de bigote y pelo cano, vestido irreprochablemente con un traje negro, cuya levita, abotonada, le daba cierto aspecto militar. Era, en efecto, el mismísimo duque, que disfrutaba de una elevada graduación en el escalafón del ejército, y en la escala social pertenecía también a la más alta clase.

Su ambición debía darse por satisfecha. En política había sido cuanto pudiera soñarse, y después de su caída se encontraba ejerciendo la jefatura suprema de una importantísima agrupación, siendo su caudillo en el parlamento.

La discusión era, pues, interesantísima; se debatía nada menos que el Código Fundamental del Estado, es decir, lo más debatido en España, y estaban frente a frente las dos escuelas que vienen luchando por el triunfo de sus doctrinas desde que existe el régimen constitucional, los liberales y los conservadores. Los dos jefes estaban allí prontos a empezar la lucha; el choque debía ser terrible.

El auditorio experimentaba en aquel momento una emoción parecida, si no igual, a la que el pueblo romano sentía en las luchas de los circos.

Los diputados jóvenes tenían impaciencia por oír los golpes de clava, por ver como se entrelazaban los miembros, apretaban los músculos y se estrechaban en un abrazo mortal, hasta que, bajo el esfuerzo terrible de un empuje, uno de los adversarios derribaba al otro, que ya en el suelo no esperaría más que el golpe de gracia. Los veteranos de la política sonreían.

El duque empezó, en medio de un gran silencio. Preconizó los principios y enalteció las conquistas revolucionarias. Rechazó el dictamen y el proyecto de Constitución nueva.

«Lo primero que ocurre antes de examinar ese proyecto constitucional, pues que a examinarlo voy —dijo—; lo primero que ocurre es lamentar, deplorar su existencia; aunque fuera bueno, que no lo es, sería malo, funesto, deplorable, dado el espíritu de división de este país. Es una nueva bandera que viene a aumentar la confusión que reina en los partidos, es una nueva Constitución que viene a aumentar el número escandaloso, por lo excesivo, de las Constituciones que han regido, mas no constituido a este país sin ventura. ¿Qué se pretende con esto? ¿Que cada partido tenga una

Constitución? Pues ya sabemos lo que han de durar esas Constituciones, lo que dure la vida gubernamental del partido que le da el ser, ¡vida efímera y transitoria! Por este camino, señores, se va al desprestigio del sistema representativo, al desprestigio, que es peor que la muerte, y además a la muerte» (grandes aplausos en la minoría).

La estocada estaba bien dirigida. Hizo después un brillante período en elogio de la libertad, y demostró, en medio de frecuentes aplausos que le obligaban a interrumpir su discurso, que el proyecto constitucional tendía al desconocimiento de los derechos individuales, y pidió, por último, que se consignara en la Constitución el principio de la soberanía nacional como el fundamento, como el origen de los poderes.

El tiro esta vez iba a mucha altura. El presidente del Consejo se agitó en el banco azul y habló animadamente con sus compañeros. Después, abriendo el pupitre, escribió la siguiente esquela:

«Querido Oliver: Tendré mucho gusto en interponer mi influencia con el ministro de Gracia y Justicia para que se nombre el canónigo a quien recomiendas. Hasta hoy se negó, por no ser posible hacer la vacante. —Tuyo. Ambrosio. P. D.».

Te felicito por tu discurso. Esta esquelita fue encomendada a uno de los ujieres, el cual la llevó al orador.

Las tribunas no se habían apercibido de nada. El duque rasgó el sobre, leyó el contenido y después, dirigiéndose a la Cámara, dijo:

—Para terminar, señores diputados, nosotros creemos haber cumplido con nuestro deber ineludible, señalando los errores de que adolece el nuevo proyecto constitucional; pero nosotros, monárquicos ante todo, no hemos de oponer dificultades a la grande obra por los monárquicos emprendida.

Así terminó aquel debate solemne.

“Cuando el violín y el arpa unían sus notas delante de alguna puerta cerrada, ¡hay tantas puertas cerradas en las ciudades del mundo!, las quejas de la niña llevaban la voz cantante y el llanto de su hermano el acompañamiento...

Colección
Lima Lee

